

## PAGINA 53.

18 Manuel José Sieyes, miembro del senado conservador y del instituto de Francia, nació en Frejus en 1748, y era vicario general del obispado de Chartres, canónigo y cancelario de aquella iglesia cuando le nombraron diputado del estado llano por Paris á los estados generales. Este extraño nombramiento fué debido al famoso folleto ¿qué es el tercer estado? el cual le dió una inmensa popularidad. El dia 10 de junio 1789 instó mucho á la cámara de su orden para que verificase sus poderes á fin de constituirse y precisar á los dos á venir á reunirsele. El 15 propuso que se constituyesen en asamblea de representantes, y el 10 de agosto se opuso á la supresion de los diezmos eclesiásticos, diciendo en el calor de la discusion: «quereis ser libres y no sabeis ser justos.» En las discusiones para formar la constitucion propuso una muy semejante á la que luego decretó la convencion, es decir, compuesta de dos consejos, el uno deliberante y el otro con derecho de sancion. Tambien propuso una declaracion de los derechos del hombre, que fué desechada por demasiado metafísica. El fué quien dió la idea de dividir la Francia en departamentos, distritos y municipalidades, operacion que no contribuyó poco á consolidar la revolucion. A los principios se creyó que estaba unido á la faccion de Orleans y así es que en las declaraciones que tomó la audiencia sobre los sucesos del 5 y 6 de octubre, aseguró el conde de la Chartre haberle oido responder á uno que le decía que habia alborotos en Paris: «ya lo sé, pero no comprendo lo que quieren y solo veo que se camina en sentido opuesto.» Cuando á él le llamaron á deponer dijo que se habia afligido como todos de aquellas tristes escenas, pero que ignoraba sus causas.

Por entonces escribió una obra intitulada *Observaciones sobre los bienes del clero* en la cual procuraba defenderle todavia de la espoliacion que le amenazaba. En 1790

trabajaba mucho en las comisiones pero rara vez subia á la tribuna, y entonces fué cuando Mirabeau dijo en plena asamblea que *el silencio de Sieyes era una calamidad pública*. Sin embargo al principio de aquel mismo año presentó un proyecto para la represion de los delitos de imprenta, conservando al mismo tiempo la libertad del pensamiento. Este trabajo es una de las infinitas pruebas que hay de lo difícil que es hacer una buena ley sobre esta materia en los estados libres. Luego votó por la institucion del jurado así en lo civil como en lo criminal, y á poco tiempo le nombraron presidente á pesar de su resistencia á admitirlo. En febrero de 1791 fué elegido miembro del departamento de Paris, y habiendo llegado á entender que se trataba de nombrarle obispo de aquella ciudad, anunció al cuerpo de electores que estaba en intencion de renunciarlo. Se opuso con mucho valor en la asamblea al proyecto en favor de la libertad de cultos diciendo que *se le engañaba al pueblo á punto de hacerle tomar por defensores suyos á sus asesinos, y á sus asesinos por defensores*. En julio de 1791 publicó una carta en la cual desenvolviendo sus principios políticos dice; «no por una simple aficion á los antiguos hábitos ni por ningun sentimiento supersticioso de realismo prefiero la monarquía; sino porque estoy convencido de que hay mayor libertad para los ciudadanos en una monarquía que en una república, y porque en toda suposicion es uno mas libre en el primero de estos dos gobiernos.»

Nombrado en setiembre por el departamento del Sarthe diputado á la convencion, evitó aprovecharse del ascendiente de opinion que tenia sobre muchos de sus colegas, para vivir retirado en lo posible y sustraerse á las tormentas que preveia como indispensables. En el proceso de Luis XVI no se le oyeron mas palabras en las cuatro votaciones nominales que se hicieron, sino *si, no, y la muerte*. A principios del año 1793 presentó un proyecto para la organizacion del ministerio de la guerra, pero habiendo experimentado contradicciones, se encerró en el mas profundo silencio como en un santuario. Mas no



por eso dejó de ser nombrado adjunto de las primeras comisiones de salud pública, y el 10 de noviembre de aquel año anunció que si no renunciaba del todo al sacerdocio era porque había ya mucho tiempo que lo había hecho, pero que no por eso renunciaba á sus actuales funciones. Durante la lucha del 9 termidor (27 de julio 1794), se condujo con su circunspeccion ordinaria y observó el mismo silencio hasta 1795. Entonces subió mas frecuentemente á la tribuna y espresó varias veces el horror que le causaban los crímenes de Robespierre, escitando á la asamblea á que mandara volver á todos los que aquel había desterrado. Poco tiempo despues hizo parte de la comision de salud pública y propuso una ley de alta política contra las insurrecciones populares, proclamando solemnemente la legalidad de la constitucion de 1793 en que él había trabajado tanto. Nombráronle presidente de la convencion, pero lo rehusó como otras veces, y entonces le enviaron á Holanda con Rewbell para concluir un tratado entre la Francia y aquella nueva república. A su vuelta dirigió toda la diplomacia de la época é influyó particularmente en los tratados con la Prusia y la España. Mas en cambio se ocupó muy poco en el por menor de las leyes constitucionales, sin que tuviese empeño en otra que en la de la formacion del cuerpo legislativo en dos consejos, pues aunque tambien propuso el jurado constitucional, la convencion le reusó. Habiendo sido nombrado en el mes de octubre miembro del Directorio, tambien reusó esta plaza y prefirió quedarse en el consejo de los quinientos. Durante los años de 1796 y 97 estuvo continuamente empleado en todas las comisiones relativas á los objetos mas importantes, particularmente en la de los cinco, ereda para examinar la providencia que había de tomarse con los jueces que habían reusado prestar el juramento de *odio á la moaarquía*. El 12 de abril 1797 estuvo para perecer á manos de un paisano suyo, bastante fanático, llamado Poule, que le tiró un pistoletazo en su propio cuarto, cuyo tiro pudo esquivar Sieyes, pero no sin recibir una herida en la mano y en el brazo.

Cuando se renovó la tercera parte del consejo dejó de asistir á muchas sesiones hasta la jornada del 18 fructidor (4 de setiembre), en la cual y en las sesiones que se siguieron, votó la proscripcion de los diputados de Clichy y en particular la de Boissy d'Anglas. Poco tiempo despues fué elegido secretario y luego presidente del consejo, y aunque salió del cuerpo legislativo cuando tocó la renovacion de su tercio, volvieron inmediatamente á elegirle. Despues fué como embajador á Berlin, donde residió hasta el mes de mayo 1799, época en que fué nombrado de nuevo director y entonces lo aceptó. El estado crítico en que se hallaba entonces la Francia por la impericia del directorio hacia desear otra forma de gobierno, y convencido Sieyes de la imposibilidad de hacer marchar la constitucion directorial, se encargó en nombre de los de su partido de tratar con el general Bonaparte, dándole parte de los riesgos que amenazaban á la causa pública. Cuando este volvió de Egipto, concertaron entre los dos el plan del 18 brumario del año 8 (9 de noviembre 1799) sirviendo de intermediarios Tallherand y Ræderer (V. el testo). De resultas fue nombrado Sieyes consul interino y despues senador y presidente del senado. Ultimamente en recompensa de sus servicios le ofrecieron los cónsules la hacienda de Crosne, donde murió ya de mucha edad.

## PAGINA 46.

49 Juan Silvano Bailly nació en Paris el 15 de setiembre 1736. Su padre era conservador de los cuadros del Louvre y en los ratos ociosos componia algunos sainetes para el teatro de los italianos. Toda su ambicion se limitaba entonces á que su hijo le sucediese en aquel modesto empleo y así limitó su educacion á que tomase algunas lecciones de dibujo. Pero el muchacho descubrió muy desde los principios una decidida inclinacion á las ciencias y empezó á tomar lecciones de matemáticas con los profesores Montcarville y Clairant. Quiso hacer algu-



nos ensayos para el teatro pero renunció á esta carrera por consejo del comediante Lanone , á quien habia confiado para su examen dos tragedias : *Ifigenia en Tauride* y *el Clotario*. Con este desengaño le bastó para renunciar aquella carrera y dedicarse esclusivamente al estudio de la astronomía , bajo la direccion del sabio Lacaille.

Desde el año 1764 principió á publicar algunas obras sobre esta ciencia , que pasan todavía por clásicas. La primera de ellas fué un *Ensayo sobre la teoria de los satélites de Júpiter*. La segunda fué la *historia de la astronomía antigua , desde su origen hasta el establecimiento de Alejandria*. Tercera la *historia de la astronomía moderna* y la cuarta unas *cartas sobre la Atlántida de Platon y sobre la antigua historia del Asia*. Estos escritos y otros en que concurrió á los premios ofrecidos por las academias , particularmente el elogio de Carlos V , le valieron ser recibido miembro de las tres academias de Paris. En ellas se condujo con tal moderacion y esponia sus opiniones con tal modestia , que lejos de suscitarse enemigos , se grangeó el honroso apodo de el *bonhomme Bailly*. Asi fué que sus obras nunca fueron impugnadas por nadie , por que ademas de ser muy contados los que tenian estos conocimientos especiales , él tenia buen cuidado de someterlas al juicio de casi todos ellos suplicándoles que variasen ó suprimiesen todo aquello que les disgustase. Solo la de la Atlántida encontró un impugnador en un diarista obscuro y bastante necio , con lo que lejos de perjudicar á la obra , la dió un nuevo realce y favoreció su despacho.

Hasta la época en que se hicieron las elecciones para los estados generales , Bailly no habia tomado ninguna parte en los negocios públicos , y cuando se presentó en la seccion de su distrito habló muy poco y salió de ella sin ser casi conocido de nadie. Pero aquello poco que dijo y la circunstancia de ser miembro de las tres academias , junto con aquel aire de honradez que le distinguia , hicieron que se le nombrase secretario. Esta eleccion sorprendió á los que verdaderamente le conocian , porque no le creian á propósito para semejante cargo. Añádase

á esto que todo el aspecto exterior de Bailly prevenia en contra suya , aunque realmente era la fiel espresion de su carácter. Todas sus facciones y miembros eran duros y rectos : el pelo lacio y espeso que mas bien recargaba que adornaba su cabeza : los ojos y la frente carecian de fuego y espresion , las mejillas eran pálidas y su boca desgraciadísima , de suerte que formaba un conjunto bastante desagradable. Mas en medio de todo principió desde luego á mostrar la energia necesaria en aquellas primeras reuniones de la asamblea nacional como presidente del estado llano. « La nacion reunida no tiene órdenes que recibir de nadie » le respondió al gran maestro de ceremonias que mandaba de orden del rey á los diputados que se disolviesen. Sabido es que en las asambleas precedentes los miembros del orden popular no podian hablar sino de rodillas , y así es que los diputados del clero y de la nobleza no acertaban á comprender que los plebeyos no se conformasen con aquella humillante etiqueta. Pero creció su sorpresa cuando al volver Bailly del palacio de Versailles , á donde habia ido presidiendo una diputacion de los suyos , le preguntaron algunos diputados palaciegos , que cómo habian sido recibidos , y él respondió « perfectamente , nosotros estamos de pie y el rey no estaba sentado. »

El 16 de julio de 1789 fué nombrado corregidor de Paris , cuya plaza no quiso aceptar sin tomar antes el consentimiento de la asamblea nacional á que pertenecia. En el mismo dia fué nombrado Laffayette general en la milicia cívica y ambos estuvieron siempre muy acordes en las medidas que tomaron para mantener el orden en la capital : por eso todas las miradas estuvieron fijas en ellos al tiempo de la federacion en 1790. Ninguno de los dos temió comprometer su vida y su libertad en aquel mismo campo de marte , donde habian sido victoreados un año antes. Pero como no nos es permitido seguir paso á paso todos los acontecimientos de la revolucion que pertenecen á la historia , nos vemos precisados á estrecharnos dentro de los hechos mas íntimamente enlazados con el



personage de que tratamos. De resultas de la fuga del rey de Tuilleries en la noche del 20 al 21 de junio 1791 y su prision en Varénnes, todos los partidos se habian puesto en movimiento y pedian en alta voz la deposicion del rey. Para esto se reunió un inmenso gentío en el campo de marte á fin de firmar una peticion que habia de depositarse en el altar de la patria. Luego que lo supo Bailly, acudió con un destacamento considerable de tropas, con ánimo de proclamar la ley marcial y dispersar el tumulto. Fué menester repeler la fuerza con la fuerza y trabar una especie de combate en que se derramó alguna sangre, en todo lo cual no hizo Bailly otra cosa que obedecer un decreto que se habia expedido el dia anterior. Ciertamente no habia dependido de él ni prevenir ni evitar su ejecucion, como que solo habia obrado en virtud de orden del consejo municipal, sin haber podido siquiera hacer las intimaciones prescritas por la ley, sino entre una nube de pedradas. La misma asamblea nacional á quien dió cuenta de este lamentable suceso, aprobó su conducta, pero con todo eso, desde aquel instante perdió toda su popularidad, y al momento ofreció su dimision al cuerpo municipal. No quiso este cuerpo aceptársela y le fué preciso continuar hasta el mes de noviembre de aquel año en que le sucedió Pethion.

Retirado entonces en las cercanias de Melun, no salió de su soledad sino para venir á declarar como testigo en el proceso de María Antoneta, del cual resultaba que habia habido una correspondencia entre él y esta señora. Bailly negó que fuese cierto, aunque se ha querido decir que no contento con negar el punto que le concernia, habia dicho tambien que todos los demas cargos eran un tejido de falsedades. Lo cierto es que pocos dias despues fué denunciado el mismo y obligado á presentarse ante el tribunal revolucionario. Conducido desde Melun á Paris, le encerraron por de pronto en las Magdelonetas y desde alli le trasladaron á la Consergeria, para comparecer el dia 10 de noviembre 1795, por el crimen de haber mandado disparar contra el pueblo. Condenado á muerte, le condu-

geron el dia 21 del mismo mes, que correspondia entonces al 22 de brumario, á la esplanada que separa el campo de marte de la orilla del Sena. Pusieron en su misma carreta la bandera encarnada que habia servido para proclamar la ley marcial y la quemaron al pie del cadalso. Entre tanto el infeliz estaba calado de agua, pues le habia venido lloviendo encima desde la consergeria hasta el lugar del suplicio. «Parece que tiembles, le dijo uno de aquellos infames que iban á insultar á los sentenciados. «á muerte:» si tiemblo, respondió Bailly, pero es de frio» y en seguida subió al cadalso con paso firme. El 18 frimario del año 5 de la república decretó el consejo de los quinientos que la viuda de Bailly sería asimilada á las viudas de los representantes que habian muerto por la república y se la señaló una pension que solo disfrutó tres años.

## PAGINA 46.

20. La historia de Mirabeau está todavia por hacer, y acaso es una fortuna; porque viviendo todavia algunos que fueron testigos y tal vez actores en los grandes dramas que pasaron en las asambleas legislativas, el que para algunos sería un grande hombre, sería para otros un mero revolucionario digno de la execucion de su siglo. Solo tenemos acerca de este gran orador algunas memorias ó recuerdos, muy incompletos, muy varios y muy distintos unos de otros. Segun unos Mirabeau no era mas que un cenagal impuro de todos los vicios y una especie de gigante de todos los desórdenes: un infame *Lazzarone* parlamentario que se hacia pagar por la corte en buenas monedas de oro, y por el populacho en aplausos y aclamaciones. Segun otros Mirabeau aparece como un piloto atrevido que empuña el timon de una nave combatida por una horrorosa tempestad, ó como un hombre á quien el destino arroja para interponerse entre un trono que cae y el poder anárquico que se subleva y amenaza destruirlo todo.

La verdad es que este es uno de aquellos hombres muy